

## **La disputa por la paz, la disputa por la memoria**

**Por Gonzalo Sánchez G**

Director General Centro Nacional de Memoria Histórica

Bogotá Agosto 1 de 2018

La memoria corre paralela al escenario del conflicto armado y también al escenario de construcción de la paz. La memoria constituye uno de los campos de lucha que en tiempos de transición, como los que vivimos, se pone en el centro del debate público. Estamos en un conflicto por la interpretación del conflicto, decía ayer un colega nuestro.

El *Grupo de Memoria Histórica* que inició esta producción de la que hacemos entrega hoy a la institucionalidad surgida de los Acuerdos y a la sociedad en general, emergió en el escenario social y político de debate sobre cómo nombrar el conjunto de los homicidios, masacres, secuestros, desapariciones forzadas, desplazamientos, entre otros hechos atroces, que nos han ocurrido como sociedad en los últimos 50 años. ¿Conflicto Armado? o ¿Amenaza terrorista?

Como muchos lo advirtieron en su momento, no se trataba de una simple controversia técnica o semántica sino de una discusión con implicaciones o derivaciones políticas, militares y judiciales de enorme profundidad. De hecho, cada una de estas opciones remitía a una mirada totalmente diferente del desarrollo de “nuestra guerra sin nombre”, de sus protagonistas, de sus responsabilidades, de sus víctimas y sobre todo, del modo principal de resolverla.

Aunque muchos pensábamos que la polémica ya había sido saldada con los avances institucionales de la Ley de Víctimas y con el proceso de paz que se adelantó con las FARC, tal discusión no ha encontrado

resolución en el plano político y social. Para bien o para mal, los tiempos y las lógicas institucionales no coinciden siempre con los tiempos y las lógicas sociales.

Como parte de la dinámica de las negociaciones mismas, en la Mesa de Negociación de la Paz surgió entre las partes esa disputa por el pasado, sobre los orígenes de la confrontación, las lógicas y responsabilidades de los actores. El tema agrario, como primer tema de la agenda, era en sí mismo un gesto que abría paso al reconocimiento del discurso del otro, que aceptaba que el origen de la guerra iba más allá de la guerra misma.

Mientras en la Mesa se instalaron **memorias enfrentadas pero negociables**, por fuera de la Mesa se impuso en paralelo una memoria que pone sus énfasis en los hechos traumáticos mismos, en la victimización, en el horror y en el castigo ejemplarizante del enemigo.

En muchos sectores de la sociedad se despliega una memoria movida por la tentación justiciera que tiene su origen en la incomprensión de las dinámicas de la guerra.

El discurso de la destrucción y del enemigo, propio del enfrentamiento bélico;...los ciclos de violencia no resueltos;... el fracaso de esfuerzos de paz anteriores... la ausencia de reparación a las víctimas, son todos cimientos de esa memoria que reclama el sometimiento del enemigo como única solución, y que reclama incluso borrar su voz de la historia.

Cuál negociación, si de lo que se trata es de someter a los terroristas; cuál estatuto de la oposición, si la oposición es un obstáculo al funcionamiento eficiente del Estado; cuál reparación, si proliferan las falsas víctimas...Esas no son víctimas, sino sospechosos...

La salida de la guerra necesita de **memorias comprensivas y transformadoras**: del reconocimiento y difusión de la voz de las víctimas dentro de una narrativa que cuestione el rol no solo de algunos en esta guerra, sino de todos los implicados, y que revele las lógicas que van más allá del campo de batalla.

Todo ello nos plantea retos, como instituciones, pero también o especialmente como ciudadanos.

Son retos, sobre la manera de construir y comunicar una memoria esclarecedora y de lograr su apropiación por quienes solo marginalmente se han sentido compelidos por los estragos del conflicto; o que creen conocer suficiente de la guerra a través de los mensajes y las imágenes fragmentadas de los medios de comunicación.

Es preciso trabajar en la superación de esos discursos que desafortunadamente parecen haberse impuesto y que plantean y promueven como raseros de nuestra historia divisiones sociales y políticas irreconciliables; y que sustituyen el análisis y la comprensión, por consignas de fácil consumo que enmascaran otras realidades.

Si hay un reto que sigue teniendo vigencia al igual que cuando iniciamos el trabajo de Memoria Histórica, es el de promover una memoria crítica, y una ciudadanía crítica.

Nos trazamos como un deber ser político y ético, al igual que académico, trabajar con todas las víctimas de la guerra.

Las víctimas de todos los actores armados, independientemente de las ideologías de derecha o izquierda, y de la legalidad o ilegalidad en las que estos buscaran refugio.

La guerra más allá de los diferentes tiempos, intereses y recursos que movilizan sus actores es una sola, y las víctimas de esta guerra

también, y no admiten jerarquías oprobiosas en la reclamación de sus derechos, uno de ellos precisamente el de la memoria.

Visibilizar las memorias locales y los sentidos asociados a ellas, a la vez que ofrecer una narrativa de los procesos sociales, políticos, en los que se inscribe la experiencia del conflicto, fue el enfoque asumido por Memoria Histórica.

Hemos procurado que esa memoria de la cual hoy hacemos entrega pública sea producto de una conjunción, pero también de una diferenciación de saberes con las comunidades, sobre la guerra y sus impactos.

Este enfoque preferencial por las víctimas es parte sustantiva de una apuesta explícita por reconocer y amplificar sus voces en un contexto de relaciones asimétricas, y de desiguales accesos a la justicia, a los medios de comunicación y en general a los recursos del poder.

Asimismo, a lo largo de estos diez años nos hemos esforzado en la construcción de una memoria histórica que dé cuenta de los repertorios de violencia física y simbólica empleados por los actores en confrontación, de los múltiples daños infligidos a las comunidades, y en general de las múltiples dimensiones del conflicto.

No obstante, de manera categórica, hemos querido alejarnos de un mero registro o escalafón del horror, o de un inventario de lo sufrido, que alimente discursos simplificadores.

El acervo de información que tiene su concreción en el Observatorio de Memoria y Conflicto y en los 80 informes, y 10 balances de los cual hacemos entrega hoy al sistema de Verdad, Justicia y Reparación y al país, se inscribe en una narrativa de comprensión y sentido; de esclarecimiento; de reflexión sobre el camino de la guerra que ha

seguido el país para enfrentar sus conflictos sociales, políticos y económicos.

La memoria es una alerta sobre el papel y además nos señala las responsabilidades que nos competen como Estado y como sociedad, y nos muestra las inmensas tareas para superar como nación la guerra y las causas que la han alimentado.

Como lo he señalado en otra parte, “nuestra memoria no se refiere a una guerra lejana. Podríamos decir, nuestra memoria es un recuerdo del presente. Y en ese sentido, la memoria se configura como un dispositivo eficaz para cuestionar el aquí y el ahora e inventar el futuro inmediato”.

La Memoria ha estado en el corazón del conflicto: en sus orígenes... en sus responsables.. en sus soluciones. Ha estado también, particularmente en los últimos 10-15 años, en el centro de los reclamos de las víctimas, primeras abanderadas de este proceso. Y está hoy, con todos sus riesgos y potencialidades, en el corazón de la política. Esta compleja trama le da sentido una vez más a nuestra consigna institucional que queremos asociar a este legado: **la memoria como una aliada para la paz.**